

# EL REY DEL INVIERNO

BERNARD CORNWELL

# EL REY DEL INVIERNO

Crónicas del Señor de la Guerra I

Traducción de Concha Cardeñoso



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Winter King (The Warlord Trilogy)*

Diseño de cubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: octubre de 2015

© Bernard Cornwell, 1995

© Por la traducción de Concepción Cardenoso Sáenz de Miera, 1977 y 1998

Traducción cedida por Grup Editorial 62, S.L.U., El Aleph Editores

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
Email: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
Email: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-84-350-6292-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por Huertas

Depósito legal: B. 15686-2015

Impreso en España

Dedico *El rey del invierno* a Judy, con cariño

## PERSONAJES

AELLE	Rey sajón
AGRÍCOLA	Señor de la guerra de Gwent, al servicio del rey Tewdric
AILLEANN	Amada de Arturo, madre de sus hijos gemelos Amhar y Loholt
AMHAR	Hijo bastardo de Arturo
ANA	Hermana de Arturo, casada con el rey Budic de Broceliande
ARTURO	Hijo bastardo de Uther y protector de Mordred
BALISE	Anciano druida Dumnonia
BAN	Rey de Benoic, padre de Lancelot y Galahad
BEDWIN	Obispo de Dumnonia, principal consejero del rey
BLEIDDIG	Cacique de Benoic
BORS	Paladín de Benoic
BROCHVAEL	Rey de Powys posterior a los tiempos de Arturo
CADWALLON	Rey de Gwynedd
CADWY	Rey vasallo de Dumnonia, defensor de la frontera con Kernow
CALEDDIN	Druida muerto hace tiempo, compilador del pergamino de Merlín
CAVAN	Lugarteniente de Derfel
CEI	Guerrero y compañero de infancia de Arturo
CEINWYN	Princesa de Powys, hermana de Cuneglas e hija de Gorfyddydd
CELWIN	Sacerdote que estudia en Ynys Trebes

CERDIC	Rey sajón
CULHWCH	Primo de Arturo, uno de sus guerreros
CUNEGLAS	Príncipe de la corona (Edling) de Powys, hijo de Gorfyddyd
DAFYDD AP GRUFFUD	Escribano que transcribe la historia de Derfel
DERFEL CARDARN	El narrador, sajón de nacimiento, pupilo de Merlín y guerrero de Arturo
DIWRNACH	Irlandés, rey de Lleyrn, país antes llamado Henis Wryen
DRUIDAN	Un enano, comandante de la guardia de Merlín
ELAINE	Reina de Benoit, madre de Lancelot
GALAHAD	Príncipe de Benoit, hermanastro de Lancelot
GEREINT	Príncipe vasallo de Dumnonia, lord de las Piedras
GINEBRA	Princesa de Henis Wryen
GORFYDDYDR	Rey de Powys, padre de Cuneglas y de Ceinwyn
GRIFFID AP ANNAN	Lugarteniente de Owain
GUDOVAN	Escribano de Merlín
GÜENDOLIN	Esposa rechazada de Merlín
GUNDLEUS	Rey de Siluria
GWLYDDYN	Carpintero en Ynys Wydryn
HELLEDD	Princesa de Elmet casada con Cuneglas de Powys
HYGWYDD	Criado de Arturo
HYWEL	Administrador de Merlín
IGRAINE	Reina de Powys, casada con Brochvael, anfitriona de Derfel en Dinnewrac
IGRAINE DE GWYNEDD	Madre de Arturo (y también de Morgana, Ana y Morgause)
IORWETH	Druida de Powys
ISSA	Uno de los lanceros de Derfel
LADWYS	Amante de Gundleus
LANCELOT	Edling (príncipe coronado) de Beonic, hijo de Ban
LANVAL	Uno de los guerreros de Arturo, jefe de la guardia personal de Ginebra
LEODEGAN	Rey en el exilio de Henis Wryen, padre de Ginebra

LIGESSAC	Primer comandante de la guardia personal de Mordred, posteriormente al servicio de Gundleus
LLYWARCH	Segundo comandante de la guardia personal de Mordred
LOHOLT	Hijo bastardo de Arturo, gemelo de Amhar
LUNETE	Primera compañera de Derfel, luego sirvienta de Ginebra
LWELLWYN	Funcionario del tesoro de Dumnonia
MAELGWYN	Monje de Dinnewrac
MARK	Rey de Kernow, padre de Tristán
MELWAS	Rey de los belgas, vasallo de Dumnonia
MERLÍN	Señor de Avalon, druida
MEURIG	Edling (príncipe coronado) de Gwent, hijo de Tewdric
MORDRED	Niño rey de Dumnonia
MORFANS	«El feo», uno de los guerreros de Arturo
MORGANA	Hermana de Arturo, una de las sacerdotisas de Merlín
MORGAUSE	Hermana de Arturo, casada con el rey Lot de Lothian
NABUR	Magistrado cristiano de Durnovaria, ante la ley protector de Mordred
NIMUE	Amante de Merlín y sacerdotisa
NORWENNA	Nuera de Uther, madre de Morderd
OENGUS MAC AIREM	Rey irlandés de Demetia, rey de los Escudo Negro
OWAIN	Paladín de Uther, uno de los señores de la guerra de Dumnonia
PELLINORE	Rey loco preso en Ynys Wydryn
RALLA	Esposa de Gwlyddyn, nodriza de Mordred
SAGRAMOR	Comandante nómada de Arturo
SANSUM	Sacerdote cristiano y obispo, superior de Derfel en Dinnewrac
SARLINNA	Niña superviviente de la masacre de Dartmoor
SEBILE	Esclava sajona de Morgana

TANABURS	Druida de Siluria
TEWDRIC	Rey de Gwent
TRISTÁN	Edling (príncipe coronado) de Kernow
TUDWAL	Monje novicio de Dinnewrac
UTHER	Rey de Dumnonia, rey supremo de Bretaña, el Pen- dragon
VALERIN	Un cacique de Powys, durante cierto tiempo pro- metido de Ginebra

## LUGARES

Los nombres señalados con un asterisco están históricamente documentados

ABONA*	Avonmouth, Avon
AQUAE SULIS*	Bath, Avon
BRANOGENIUM*	Fuerte romano, Leintwardine, Hereford y Worcester
BURRIUM*	Capital de Tewdric, Usk, Gwent
CAER CADARN	Montaña real de Dumnonia. South Cadbury Hill, Somerset
CAER DOLFORWYN*	Montaña real de Powys. Cerca de Newtown, Powys
CAER LUD*	Ludlow, Shropshire
CAER MAES	White Sheet Hill, Mere, Wiltshire
CAER SWS*	Capital de Gorfyddyd. Caersws, Powys
CALLEVA*	Fortaleza fronteriza. Silchester, Hampshire
COEL'S HILL*	Cole's Hill, Hereford y Worcester
CORINIUM*	Cirencester, Gloucestershire
CUNETIO*	Mildenhall, Wiltshire
DINNEWTRAC	Un monasterio de Powys
DURNOVARIA*	Dorchester, Dorset
DUROCOBRIVIS*	Dunstable, Bedfordshire
GLEVUM*	Glocester
ISCA*	Exeter, Devon
ISLA de la MUERTE*	Portland Bill, Dorset
LINDINIS*	Ciudad romana, Ilchester, Somerset
LUGG VALE*	Mortimer's Cross, Hereford y Worcester

MAGNIS*	Fuerte romano. Kenchester, Hereford y Worcester
MAI DUN*	Castillo de Maiden, Dorchester, Dorset
RATAE*	Leicester
LAS PIEDRAS*	Stonehenge
VENTA*	Winchester, Hampshire
YNYS MON*	Anglesey
YNYS TREBES	Capital de Benoit. Mont St. Michel, Francia
YNYS WAIR*	Lundy Island
YNYS WYDRYN*	Glastonbury, Somerset

PRIMERA PARTE

UN NIÑO DE INVIERNO

Érase una vez una tierra llamada Britania en la que sucedieron estos hechos. El obispo Sansum, a quien Dios habrá de bendecir por encima de todos los santos vivos y muertos, opina que estas memorias tendrían que ser arrojadas al pozo sin fondo junto con las demás inmundicias de la humanidad caída, porque son la historia de los últimos días antes de que la gran oscuridad se abatiera sobre la luz de Nuestro Señor Jesucristo. Son las crónicas del país que llamamos Lloegyr, que significa Tierras Perdidas, otrora nuestro suelo y conocido ahora como Inglaterra por nuestros enemigos. Son los relatos de Arturo, Señor de la Guerra, el Rey Que No Fue, el Enemigo de Dios y, que Cristo vivo y el obispo Sansum me perdonen, el mejor hombre que jamás he conocido. ¡Cuánto he llorado a Arturo!

Hoy hace frío. Un color mortecino tiñe los montes y campean negras nubes por el cielo. Tendremos nieve antes de que caiga la noche, pero con toda seguridad Sansum no aceptará la bendición de un fuego. Dice el santo varón que es bueno mortificar la carne. Ahora soy viejo, pero Sansum, cuya vida conserve Dios muchos años todavía, lo es aún más, de modo que no puedo esgrimir la edad como argumento para abrir la leñera. Sansum dirá que ofrendemos el sufrimiento a Dios, que padeció más que todos nosotros, y así, los seis hermanos pasaremos la noche en un duermevela, estremecidos de frío. Mañana el pozo estará helado y el hermano Maelgwyn tendrá que bajar

por la escala para partir el hielo con una piedra, si queremos beber.

Pero el frío no es la peor aflicción de nuestro invierno, sino la helada, que hace intransitables los caminos e impide a Igraine visitar el monasterio. Igraine es nuestra reina, desposada con el rey Brochvael. Es morena y delgada, muy joven, dotada de una vivacidad que se agradece como los rayos del sol en un día de invierno. Acude aquí a orar por la gracia de concebir un hijo, aunque pasa más tiempo hablando conmigo que orando a Nuestra Señora o a su fruto bendito. Conversa conmigo porque le gusta escuchar los relatos de Arturo. El verano pasado le conté cuanto recordaba, hasta agotar la memoria, y entonces, me entregó un montón de pergaminos, un cuerno de tinta y un puñado de plumas de ganso para escribir. Arturo se adornaba el casco con plumas de ganso. Éstas no eran tan grandes ni tan blancas, pero ayer levanté el manajo contra el cielo invernal y por un pecaminoso momento de gloria me pareció ver su rostro bajo el penacho y oír el rugido del dragón y el oso por toda Britania para renovado terror de los infieles, pero entonces estornudé y vi que no sostenía en la mano sino un puñado de plumas impregnadas de heces de ganso y poco adecuadas para escribir. La tinta también es mala; mero hollín de bujía mezclado con resina de corteza de manzano. Los pergaminos son de mejor calidad. Son de piel de cordero, restos de los tiempos romanos. Una escritura que ninguno de nosotros sabe descifrar los cubría, pero las mujeres de Igraine los restregaron hasta dejar las pieles limpias y blancas. Sansum dice que sería mejor destinar tanta piel a calzado, pero después de restregada ha quedado demasiado fina para el zapatero; además Sansum no osaría ofender a Igraine y perder de ese modo la amistad del rey Brochvael. Este monasterio se halla a no más de media jornada de lanceros enemigos y hasta nuestra mermada despensa los tentaría a cru-

zar el río Negro y a subir a los montes y al valle de Dinnewrac de no ser por los guerreros de Brochvael, que tienen orden de protegernos. Con todo, creo que ni siquiera la amistad de Brochvael reconciliaría a Sansum con la idea de que el hermano Derfel escribiera un relato de Arturo, enemigo de Dios, motivo por el cual Igraine y yo hemos mentido al santo varón diciéndole que dedico mis esfuerzos a traducir el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo a la lengua de los sajones. El santo varón no habla la lengua del enemigo ni puede leerla, de modo que podremos mantener el engaño el tiempo suficiente como para dejar constancia de esta historia.

Y será necesario engañarlo porque, poco después de haber empezado a escribir en esta misma piel, el santo Sansum se personó en la estancia. Se instaló junto a la ventana a observar el cielo gris, frotándose las delgadas manos.

–Me gusta el frío –dijo, sabiendo que a mí no me gusta.

–Yo lo soporto peor –respondí gentilmente– en la mano que me falta.

Me falta la mano izquierda y sujeto el pergamino mientras escribo con el huesudo muñón de la muñeca.

–El dolor sea bendito, pues nos recuerda la Pasión de nuestro amado Señor –dijo el obispo, tal como yo esperaba, y se inclinó sobre la mesa para ver lo que había escrito–. Dime qué dicen las palabras, Derfel –ordenó.

–Estoy escribiendo –respondí con engaño– la historia del nacimiento del niño Jesús.

Tras mirar fijamente el pergamino, colocó una sucia uña sobre su propio nombre. Es capaz de descifrar algunas letras, y las que componen su nombre debían de destacarse en el pergamino con la nitidez de un cuervo en la nieve. Dejó escapar una risa burlona de chiquillo travieso al tiempo que me retorció un puñado de canas.

–Yo no estuve presente en el nacimiento de nuestro Señor, Derfel, y sin embargo aquí leo mi nombre. ¿Acaso escribes herejías, sapo de los infiernos?

–Señor –respondí humildemente mientras me aplastaba la cabeza hasta casi empotrármela en el trabajo–, he empezado el Evangelio dejando constancia de que sólo por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y con el beneplácito del más grande de sus santos, Sansum –y ahí señalé su nombre con el dedo–, me es posible escribir las buenas nuevas de Cristo Jesús.

Me tiró de los pelos y, no sin arrancarme unos pocos, me soltó y se alejó.

–Engendro eres de ramera sajona –dijo–, y jamás fueron los sajones dignos de confianza. Te cuidarás muy mucho de ofenderme, sajón.

–Dios me libre –respondí, pero no se quedó a escucharme. En otro tiempo él hincaba la rodilla ante mí y besaba mi espada, pero ahora es un santo varón y yo no soy sino el más mísero de los pecadores. Un pecador helado de frío, por demás, y es que la luz de allende nuestros muros es falsa, gris y amenazadora. Muy pronto caerán las primeras nieves.

También la nieve estaba presente al iniciarse el relato de Arturo. Fue hace una vida, en el último año del reinado de Uther, rey supremo. Corría el año 1233, según el cómputo romano, desde la fundación de su ciudad, aunque en Britania contamos el tiempo desde el año Año Negro, es decir, cuando los romanos redujeron a los druidas en Ynys Mon. Según ese calendario la historia de Arturo comienza en el año 420, aunque Sansum, a quien Dios bendiga, cuenta los años de nuestra era a partir del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, es decir, 480 inviernos antes de que sucedieran estos hechos. Pero sea cual fuere la cuenta, sucedió hace mucho, en épocas remotas, en una tierra llamada Britania, y yo estaba presente.

Sucedió así.

\* \* \*

Comenzó con un nacimiento.

Era una noche cruda, el reino dormía bajo un manto blanco a la luz de la luna menguante.

En el salón, Norwenna gritó.

Y volvió a gritar.

Era medianoche. El cielo estaba despejado y terso, cuajado de estrellas. La tierra dormía helada y dura como el hierro, los arroyos apresados por el hielo. A la luz mortecina de la agorera luna menguante, los campos occidentales despedían un fulgor pálido y frío. Hacía tres días que no nevaba pero tampoco había subido la temperatura como para producir deshielo alguno, así que todo estaba blanco excepto algunos árboles a los que el viento había despojado de nieve y que se erguían, negros y desnudos, sobre la tierra sumida en el invierno. El aliento se condensaba en el aire pero no se alejaba, no había viento que se lo llevara en esa noche serena. La tierra parecía muerta, yerta, abandonada por Belenos, dios del sol, en medio del inmenso y gélido vacío que separa los mundos. Y hacía frío en verdad, un frío desgarrador y mortal. Gruesos carámbanos colgaban de los aleros de la gran fortaleza de Caer Cadarn y del arco de la entrada, por donde unas horas antes, el séquito del rey se había abierto camino entre la nieve para llevar a nuestra princesa al encumbrado lugar de reyes. En Caer Cadarn se guardaba la piedra real, era el lugar de aclamación y, por tanto, el único en que podía nacer el heredero del rey supremo, según la insistente opinión personal del soberano.

Norwenna volvió a gritar.

Jamás he presenciado el nacimiento de un niño, ni lo presencié, Dios mediante. He visto parir a una yegua y he visto terneros llegar al mundo, he oído los suaves gemidos de la perra

parturienta y he sentido el estremecimiento de la gata al librar las crías, pero nunca he contemplado la sangre y los flujos que acompañan a los gritos de una mujer. ¡Cómo gritaba Norwenna! Aunque procuraba contenerse, al decir de las mujeres que la asistieron. A veces los chillidos cesaban repentinamente y el silencio se extendía por los rincones de la fortaleza; en esos momentos el soberano levantaba su gran cabeza de entre las pieles y aguzaba el oído como si estuviera en un matorral a dos pasos de los sajones; escuchaba con la esperanza de que el repentino silencio señalara el alumbramiento de un nuevo heredero para el reino. Escuchaba, y en la quietud que dominaba las heladas dependencias oíamos el sonido áspero de la trabajosa respiración de su nuera, hasta que en un momento, y sólo por una vez, se oyó un gemido patético y el soberano dio media vuelta como para decir algo; pero los gritos empezaron de nuevo y de nuevo hundió el rey la cabeza entre los pesados pellejos, de modo que sólo se distinguía el brillo de sus ojos entre las sombras de la cueva que formaban la gruesa capucha y las solapas de pieles.

—No deberíais permanecer en las murallas, gran señor —dijo el obispo Bedwin.

Uther movió la mano con un gesto que parecía indicar a Bedwin que podía retirarse al interior, donde ardían las hogueras, pero que Uther, rey supremo, Pendragon de Britania, no se movería. Quería estar en las murallas de Caer Cadarn observando la tierra helada y el aire donde acechaban los demonios, pero Bedwin tenía razón, el soberano no debería estar haciendo guardia para espantar a los demonios en una noche tan rigurosa. Uther estaba viejo y enfermo, mal que la seguridad del reino aún pesaba sobre su embotado cuerpo y sobre su mente lenta y pesadisa. Hacía sólo seis meses aún era vigoroso, pero llegaron las noticias de la muerte de su heredero. Mordred, el más querido de sus hijos y el único superviviente de los habidos de su esposa, había

caído bajo el hacha de un sajón y fue a morir desangrado al pie del monte Caballo Blanco. Su muerte dejó al reino sin heredero, y un reino sin heredero está condenado. Pero esa noche, si los dioses lo permitían, el sucesor de Uther nacería de la viuda de Mordred. Siempre que fuera varón, claro está; de lo contrario, tanto dolor sería en vano y el reino quedaría condenado.

La enorme cabeza de Uther se levantó de entre las pieles que tenían trozos de hielo allí donde su aliento se había condensado.

—¿Se ha hecho todo, Bedwin? —preguntó Uther.

—Todo, gran señor, todo —replicó el obispo Bedwin. Era el consejero de mayor confianza del rey y, como la princesa Norwenna, era cristiano. Norwenna, al protestar por ser trasladada de la cálida villa romana de las cercanías de Lindinis, había dicho a gritos a su suegro que sólo iría a Caer Cadarn si le prometía mantener alejadas a las brujas de los dioses antiguos. Ella había insistido en dar a luz cristianamente y Uther, desesperado por tener un heredero, hubo de transigir con sus exigencias. En ese momento los sacerdotes de Bedwin entonaban sus oraciones en una estancia aneja al salón, el cual habían asperjado con agua bendita, amén de colocar una cruz sobre la cama del parto y otra bajo el cuerpo de Norwenna—. Rogamos a la Santísima Virgen María —le dijo Bedwin—, la cual, sin mancillar su cuerpo sagrado con el conocimiento carnal, engendró en su purísimo seno a Cristo Nuestro Señor y...

—Basta —farfulló Uther. El rey supremo no era cristiano y no le gustaba que nadie intentara convertirlo, aunque admitiera que probablemente el dios cristiano tuviera tanto poder como la mayoría de los demás dioses. Los acontecimientos de esa noche estaban poniendo a prueba su tolerancia.

Y ése era el motivo por el que me encontraba presente allí. Yo era un muchacho, casi un hombre ya, un mensajero imberbe

que se acurrucaba helado de frío junto al asiento del rey, en las murallas de Caer Cadarn. Había venido desde Ynys Wydryn, la fortaleza de Merlín, situada en el horizonte norte. Mi misión, tan pronto me lo ordenaran, sería ir a buscar a Morgana y a sus ayudantes, que aguardaban en la casucha de barro de un porquero, al pie de la vertiente occidental de Caer Cadarn. Aunque la princesa Norwenna rogara a la madre de Cristo que la asistiera en su alumbramiento, Uther tenía preparados a los dioses antiguos por si fallaba el nuevo.

Y el dios cristiano falló. Los gritos de Norwenna menguaban pero sus gemidos desesperados aumentaban, hasta que finalmente la esposa del obispo Bedwin llegó del salón y se arrodilló temblorosa junto al asiento del monarca. El niño, dijo Ellin, no llegaba y temía que la madre estuviera muriéndose. Uther pasó por alto el segundo comentario. La madre carecía de importancia, sólo importaba el niño, y sólo en caso de que fuera varón.

–Gran señor... –prosiguió Ellin con nerviosismo, pero Uther ya no escuchaba.

Me dio un golpecito en la cabeza.

–Ve, muchacho –dijo, y me escabullí de su sombra, salté al interior de la fortaleza y crucé como un dardo el claro de luna que se abría entre las edificaciones. Pasé raudo entre los centinelas de la puerta oeste y resbalé y me caí varias veces en el camino occidental, que parecía un tobogán de hielo. Me metí en la nieve, me rasgué el manto con un tocón y caí pesadamente en unas zarzas cargadas de hielo, pero no notaba nada más que el peso inmenso del destino de un reino sobre mi joven espalda.

–¡Lady Morgana! –grité al acercarme a la casucha–. ¡Lady Morgana!

Debía de estar esperándome, pues la puerta se abrió al punto de par en par y la máscara de oro que cubría su rostro brilló a la luz de la luna.

–¡Ve! –me dijo a voces–. ¡Ve!

Di media vuelta y eché a correr colina arriba, mientras a mi alrededor un grupo de huérfanos de Merlín se abría paso entre la nieve. Llevaban cacharros de cocina e iban haciendo ruido con ellos al tiempo que corrían, aunque cuando la subida se hizo muy empinada y peligrosa tuvieron que arrojarlos delante de sí para continuar la marcha. Morgana nos seguía más despacio, asistida por su esclava Sebile, que llevaba los ungüentos y hierbas necesarios.

–¡Que enciendan las hogueras, Derfel! –me dijo Morgana.

–¡Fuego! –grité sin aliento al pasar por la puerta–. ¡Hogueras en las murallas! ¡Fuego!

El obispo Bedwin manifestó su protesta por la irrupción de Morgana, pero el monarca respondió furibundo a su consejero y el obispo se sometió dócilmente a la fe antigua. Los monjes y sacerdotes fueron expulsados de su improvisada capilla y enviados con antorchas a todos los rincones de las murallas, con orden de encender leña y cañas arrancadas de las chozas que se apiñaban en el interior de la fortaleza, en el lado norte. Las hogueras crepitaron y lanzaron a la noche su vivo resplandor, el humo llenó el aire y formó una bóveda protectora contra los malos espíritus, para evitar que entraran en el lugar donde una princesa y su hijo agonizaban. Los jóvenes corríamos por las murallas haciendo sonar los cacharros con gran estrépito para aturdir aún más a los malos espíritus.

–¡Gritad! –ordené a los niños de Ynys Wydryn, y de las casuchas de la fortaleza salieron más niños, que unieron sus voces a las nuestras. Los centinelas golpeaban las lanzas contra los escudos y los sacerdotes alimentaban sin cesar las doce piras llameantes, mientras los demás maldecíamos a gritos a los espectros malignos que habían entrado en la noche sigilosamente para malograr el parto de Norwenna.

Morgana, Sebile, Nimue y una niña entraron en el salón. Norwenna lanzó un grito, aunque no supimos con certeza si fue por la llegada de las mujeres de Merlín o porque la terca criatura de sus entrañas la desgarraba por dentro. Se oyeron más protestas cuando Morgana expulsó a las acompañantes cristianas. Acto seguido, Morgana arrojó las dos cruces a la nieve y echó al fuego un puñado de artemisa, la hierba de las mujeres. Más tarde, me contó Nimue que habían colocado pepitas de hierro en la húmeda cama para espantar a los espíritus que ya se habían alojado allí y siete piedras de águila alrededor de la estremecida cabeza de la parturienta para atraer a los buenos espíritus divinos.

Sebile, la esclava de Morgana, puso una rama de abedul en la puerta del salón y otra sobre el cuerpo convulso de la doliente princesa. Nimue se acuclilló en el umbral de la puerta y orinó para mantener alejadas a las hadas nefastas; luego recogió un poco de orina, la llevó hasta el lecho y con ella roció la paja para evitar el robo del alma del niño en el momento del alumbramiento. Morgana, con la máscara de oro fulgurante a la luz de las llamas, apartó las manos a Norwenna sin contemplaciones y le aplicó entre los senos un ungüento mágico de raro ámbar. La niña pequeña, una de las huérfanas acogidas por Merlín, aguardaba aterrorizada al pie de la cama.

El humo de las recientes hogueras tapaba las estrellas. Las bestias que merodeaban por los bosques de los alrededores de Caer Cadarn aullaban a causa del estrépito que se había levantado sobre sus cabezas mientras Uther, rey supremo, elevaba los ojos a la luna, que ya desaparecía, y rogaba no haber ordenado la intervención de Morgana demasiado tarde. Morgana era hija natural de Uther, la primera de los cuatro hijos bastardos que el rey supremo engendrara en Igraine de Gwynedd. Sin duda Uther habría preferido contar con la asistencia de Merlín, pero

hacía meses que Merlín estaba ausente; nadie sabía dónde había ido, había desaparecido, a veces nos parecía que para siempre, y Morgana, que había aprendido sus artes de él, tuvo que sustituirle en aquella fría noche mientras nosotros levantábamos gran barahúnda con cazos y sartenes y gritábamos hasta enronquecer para ahuyentar a los malos espíritus. El mismo Uther contribuyó al alboroto golpeando débilmente el suelo con su báculo. El obispo Bedwin oraba de rodillas mientras su esposa, expulsada de la habitación del parto, sollozaba y gemía rogando al dios cristiano que perdonara a las brujas paganas.

Pero la brujería surtió efecto, pues el niño nació vivo.

El grito de Norwenna en el momento del alumbramiento fue más desgarrador que cuantos le habían precedido. Fue el aullido de un animal atormentado, un lamento capaz de arrancar lágrimas a la noche. Posteriormente Nimue me contó que ese grito fue debido al dolor que Morgana provocó a Norwenna al introducirle la mano en el cuello del útero y arrancarle al niño para traerlo al mundo por la fuerza. El niño salió cubierto de sangre de las entrañas de su atormentada madre y Morgana ordenó a gritos a la asustada niña que sujetara al recién nacido, mientras Nimue anudaba y cortaba con los dientes el cordón umbilical. Era importante que fuera una virgen la primera en sostener al pequeño en brazos, por ese motivo habían obligado a la niña a acudir allí, pero estaba atemorizada y se negaba a acercarse al ensangrentado colchón donde Norwenna resollaba y el recién nacido, bañado en sangre, permanecía inmóvil como si hubiera llegado muerto al mundo.

—¡Cógelo! —gritó Morgana, pero la niña huyó llorosa y fue Nimue la que tuvo que levantarlo de la cama y abrirle la boca para que tomara su primera y entrecortada bocanada de aire.

Todo eran malos augurios. La luna estaba menguante y la virgen había huido del recién nacido, que comenzó a llorar con

fuerza. Vi que Uther cerraba los ojos al oír el llanto y rogaba a los dioses que le hubieran concedido un niño varón.

—¿Voy? —preguntó vacilante el obispo Bedwin.

—Ve —replicó Uther, y el obispo bajó los peldaños de madera, se recogió las vestiduras y echó a correr por la nieve pisoteada hasta la puerta del salón. Se detuvo unos momentos ante la entrada y volvió a la carrera hasta la muralla agitando las manos.

—¡Buenas nuevas, gran señor, buenas nuevas! —exclamaba a voces mientras subía la escala con dificultad—. ¡Las mejores que se puedan desear!

—Un niño —dijo Uther entre dientes, anticipándose a la confirmación.

—¡Es varón! —corroboró Bedwin—. ¡Un varón, y sano!

Yo permanecía acucillado cerca de su majestad y vi que le asomaban lágrimas a los ojos, entornados hacia el cielo.

—Un heredero —dijo Uther en tono admirativo, como si en realidad no hubiera osado implorar el favor de los dioses. Se enjugó las lágrimas con la enguantada mano—. El reino está a salvo, Bedwin —añadió.

—Demos gracias a Dios, gran señor, porque se ha salvado —asintió el obispo.

—Un niño —dijo Uther, y de repente un violento acceso de tos lo sacudió y lo dejó casi sin aliento—. Un niño —repitió tras recobrar la respiración.

Morgana compareció al cabo de unos momentos. Subió la escala y postró su grueso cuerpo ante el rey. La máscara de oro, tras la que ocultaba el horror de su rostro desfigurado, brillaba. Uther le rozó el hombro con la vara.

—Levántate, Morgana —dijo, y rebuscando entre sus ropajes sacó un broche de oro y se lo ofreció como recompensa.

Pero Morgana no lo aceptó.

–El niño –dijo en tono alarmante– es tullido. Tiene un pie retorcido.

Vi que Bedwin hacía la señal de la cruz, pues acababa de escuchar el peor augurio de la gélida noche.

–¿Es grave? –preguntó Uther.

–Es sólo el pie –respondió Morgana con su áspera voz–. La pierna es perfecta, gran señor, pero el príncipe nunca podrá correr.

Desde las profundidades del manto de pieles que le envolvía, Uther rió.

–Los reyes no corren, Morgana –dijo–. Caminan, reinan, cabalgan y recompensan a sus servidores fieles y honrados. Acepta el oro. –Volvió a ofrecerle el broche. Era un objeto de oro macizo y perfectamente cincelado en forma de dragón, la enseña de Uther. Pero Morgana lo rechazó de nuevo.

–Norwenna no concebirá más hijos, gran señor –le advirtió–. Hemos quemado la placenta y no ha crepitado ni una vez. –Solían quemar la placenta en el fuego para saber, según el número de estallidos, cuántos hijos más tendría una mujer–. He escuchado atentamente –insistió Morgana– y no he oído nada.

–Los dioses no han querido que haga ruido –replicó Uther enfadado–. Mi hijo está muerto –prosiguió, sombríamente–, ¿quién daría a Norwenna un hijo apto para el trono?

–¿Vos, gran señor? –dijo Morgana tras una pausa.

Uther rió ante la sola idea y su risa se transformó en una gran carcajada que dio paso a otro convulso acceso de tos que le obligó a doblarse, vencido por el dolor de los pulmones. Por fin la tos cesó y el rey tomó aire con esfuerzo al tiempo que sacudía la cabeza negativamente.

–El único deber de Norwenna era traer al mundo un niño varón, Morgana, y lo ha cumplido. El nuestro consiste en protegerlo.

–Con toda la fuerza de Dumnonia –añadió Bedwin orgullosamente.

–Los recién nacidos mueren con facilidad –advirtió Morgana a los dos hombres con su desagradable voz.

–Éste no morirá –replicó Uther rabiosamente–, éste no. Tú serás la encargada, Morgana, te lo llevarás a Ynys Wydryn y dedicarás toda tu sabiduría a conservarle la vida. Toma, acepta el broche.

Morgana aceptó por fin el dragón. El niño lisiado seguía llorando y la madre gemía, pero los que hacían entrechocar los cacharros y los que atendían las hogueras en toda la extensión de las murallas celebraban ya la nueva de que el reino volvía a tener heredero. Dumnonia tenía un Edling, y el nacimiento de un Edling conllevaba grandes celebraciones y regalos espléndidos. La paja ensangrentada del lecho fue sacada del salón y arrojada al fuego, donde ardió con llamas altas y brillantes. Había nacido un niño; lo único que necesitaba ahora ese niño era un nombre, y no había duda acerca del nombre que recibiría. Ninguna duda. Uther se levantó de su asiento y se irguió, majestuoso y adusto, sobre las murallas de Caer Cadarn para pronunciar el nombre de su nieto recién nacido, el nombre de su heredero, el Edling del reino. El niño, nacido en invierno, se llamaría como su padre.

Recibiría el nombre de Mordred.